

Su voz más eficacia,
 Su mente más se afirma en la desgracia.
 A cuantos fe mantienen
 En el nombre de Cristo fué á ganallos;
 Y ya animosos vienen
 Con armas y caballos
 Los ungidos y Condes y vasallos.

Si a quien creyera que están escogidas á propósito las estrofas copiadas, lea las demás y tropezaré con muchas de la siguiente factura:

Dios, que infunde en sus pechos¹
 Valeroso desdén al enemigo,
 Dió voz para sus hechos
 Y amor, Bailén, contigo,
 Y humilde fuente de salud y abrigo.

No se comprende cómo la Academia distinguió con sus palmas este aborto de infame prosa, lleno de ripios, obscuridades y afectaciones, este pecado de lesa gramática, ya que no hablemos de poesía, ni cómo el señor García Olloqui ha tenido audacia para estar maltratando á las musas un año tras otro, cumpliendo la promesa encerrada en estos versos:

.....mientras yo aliente
 No el clarín de los héroes en reposo
 Yacer verás, ni el arpa del creyente.

Al cabo de tales esfuerzos, *invita Minerva*, ha reunido tres ó cuatro enormes volúmenes², que no leerán media docena de personas, y que comprenden un poema en dieciséis libros y 732 páginas sobre *los godos*, y un sinnúmero de poesías líricas y narrativas por el estilo de *La victoria de Bailén*. ¡Lástima de vigilias estériles y *desinteresado* amor al arte! ¡Lástima de estudios

¹ Los de los soldados españoles.

² *Obras poéticas de D. Emilio García de Olloqui*. Alessandria d'Egitto, 1884. Al fin del tomo III todavía promete otros dos, que no sé si habrá publicado.

clásicos, empleados en pueril ejercicio de gimnasia intelectual, más deplorable que el ingenioso delirar de Góngora y Quevedo!

Tampoco la sana intención religiosa y patriótica que alienta en los poemas de D. Joaquín José Cervino bastan para redimir los pecados contra el arte que en todos ellos abundan, así en *La Virgen de los Dolores*¹, como en *La victoria de Bailén*² y *La nueva guerra púnica ó España en Marruecos*³. Este último fué premiado por la Academia Española en el certamen que convocó para conmemorar los triunfos de España en la guerra de Africa (1860), y en el que obtuvieron menciones honoríficas Aparisi, Raimundo de Miguel y D. Miguel Agustín Príncipe, adjudicándose el accésit á D. Antonio Arnao. Creo sinceramente que los poetas pospuestos á Cervino valían poco, pero valían más que él; y así lo demuestra el terrible examen analítico de la obra laureada, publicado por D. Manuel Fernández y González en *El Museo Universal*.

No ha rendido tan ciego culto á la afectación erudita como Cervino su amigo D. Aureliano F. Guerra, cuyos ensayos métricos datan ya de muy antiguo, de cuando aparecieron entre nosotros las primitivas imitaciones del romanticismo transpirenaico. Redactor de *La Alhambra*, periódico granadino identificado con las nuevas doctrinas, contribuyó á propagarlas con sus versos, que ocultaban con la briosa lozanía la falta de corrección, y entre los que descuella por su extensión *La cruz de la Plaza Nueva*, narración legendaria que en 1839 preludia los *Cantos del trovador*. Los hervores juveniles que en esta ocasión inspiraron á Fernández-Guerra palpitan asimismo en la canción erótica *A Higiara*⁴, á la que Canalejas no encontraba rival en

¹ Madrid, 1848.

² Madrid, 1851.

³ Madrid, 1860.

⁴ Copiada en una nota á las poesías de D. Manuel Cañete (núm. 10). Madrid, 1859.

nuestra literatura, y que, aparte encarecimientos, se lee con agrado y simpatía. Dominan en ella el afecto hondo y desbordado, la tersura y desembarazo de las rimas, y la rapidez de los vuelos líricos que agita y atempera la pasión, servida por los esplendores del colorido exuberante y de la más exquisita elegancia.

Las investigaciones eruditas en que poco á poco fué engolfándose el futuro ilustrador de Quevedo influyeron, tanto como en su inteligencia, en su buen gusto; y solicitado por los modelos que un año y otro traía entre manos, se entregó decididamente á su imitación, naciendo de aquí ese sabor de antigüedad que nos obliga á considerarle como un rezagado del siglo XVII, el siglo de sus estudios y preferencias. Lo mismo en sus cincelados romances que en el ditirambó *Al 3 de Octubre de 1855*, en las odas *A España* y *A la Transfiguración del Señor*, y en sus viriles sonetos, canta una musa que no es la de nuestros días, y que aduna la enérgica originalidad de Quevedo con la placidez y melancólica ternura de Rioja y Rodrigo Caro. Implacable censor del desenfreno y la impiedad, cuando el honradísimo académico mira á la situación de su patria, lanza el rayo que enciende la indignación, ó vuelve los ojos al cielo, repitiendo las melodías del arpa que pulsaron los Profetas. A ese intento obedece la oda *A la Transfiguración*, donde, si las primeras estrofas son hermanas gemelas de la *Canción á las ruinas de Itálica*, y el corte general pertenece á la escuela sevillana, es del todo hebreo el espíritu que la informa. En lo de asimilarse el estilo de nuestros antiguos poetas, y sobre todo los que vivieron en la primera mitad del siglo XVII, no tiene rival Fernández-Guerra; y de tal modo parecen haberse fundido en él la erudición y el numen artístico, que podría engañar á los más linceos, dando por encontradas en un archivo de rancios papeles las rimas que espontáneamente traza su pluma.

Con la diferencia del más ó el menos, otro tanto

ocurría con Julio Monreal, el mismo que con tanto amor y prolijidad de pormenores nos describió las *Costumbres del siglo XVII*, al par que hizo de sus poesías calcos fieles del conceptismo y la malignidad quevedescos. Del gran satírico son su frase culta, vivaz y pintoresca, sus desenfados y burlas, los conceptillos é ingeniosidades de sus canciones amatorias, el derroche y originalidad de los epítetos, y la afición constante á poner en solfa las más austeras é incontestables verdades.

¿Y cómo juzgar las poesías¹ de D. Juan Valera? ¿Son la prosa rimada que dicen algunos, ó las manifestaciones de un ingenio superior, de aquellos *quos æquus amavit Jupiter*, el único clásico entre los que va produciendo España en este siglo, como da á entender Menéndez y Pelayo conhipérboles dictadas por la amistad? Tan extraños le deben de parecer estos encomios como aquellas censuras á quien sólo cu tiva la poesía por entretenimiento, á quien destierra de la suya las imágenes cual si fuese *iglesia luterana*, prefiriendo la desnudez de las ideas abstractas al vigor del sentimiento.

Valera es un escéptico que expone las teorías de Pitágoras y Platón, de la escuela teúrgica de Alejandría y del misticismo cristiano, revolviéndolas como las figuras del calidoscopio. Léanse los versos eróticos *A Lucía*, la oda *El fuego divino*, ó el cuento sobre la belleza ideal titulado *Las aventuras de Cide-Yahye*, y se verá al erudito que dice lo mucho que sabe, pero no dice lo que siente. Ni se busque tampoco unidad y consecuencia en tan extraño modo de filosofar, que constituye una mitología más amplia, aunque no menos convencional, que la de los autores clásicos; mitología de mundos ideales en los que habitan, como en su alcázar,

¹ Madrid, 1858. Segunda edición con el título de *Canciones, romances y poemas*. Madrid, 1886.

el amor, la verdad y la hermosura, y donde se atiende á la apariencia, no á la realidad de las cosas.

Aparte de las poesías originales, que al fin, y á pesar de todos los vulgarismos de dicción señalados en ellas por la crítica menuda, ostentan sello propio é inconfundible, ha aclimatado el Sr. Valera en nuestro idioma flores artísticas de remotos suelos y diferentes edades, como el *Pervigilium Veneris*, baladas de Uhland, romances de Heine, y fragmentos del *Fausto*, de Goëthe, *El Paraíso y la Peri*, de Tomás Moore, y varias composiciones de J. Russel Lowell, W. Wetmore Story y John Greenleaf Whittier, poetas norteamericanos.

Un ejemplo de la elasticidad que posee el calificativo de *clásico*, con que se designa á muchos poetas, tenemos en D. Gumersindo Laverde Ruiz, pensador originalísimo, si los hay, tanto en prosa como en verso, y que tan distintas tendencias representa en los suyos, conocidos hoy gracias al esfuerzo de sus admiradores¹. Si algo de unidad puede descubrirse en aquéllos, si allí domina algún carácter permanente y genérico, es, á lo que juzgo, la antítesis entre el fondo y la expresión, vago y misterioso el primero, gráfica ésta y esmerada, empapado el uno en las nieblas de las ficciones imaginarias, esculpida la otra con toda la elegancia que pueden dar de sí la laboriosidad y el estudio. Laverde es el Ossian español, lo mismo cuando recuerda con primorosas y desusadas imágenes las glorias de su país, que cuando sube á las regiones del cielo, invocando con pía credulidad al astro de la noche, en cuyos rayos ve descender, como el bardo de Islandia, las almas de las personas queridas, y hasta cuando vuela, en brazos de la fe cristiana, más allá de donde se

¹ Ninguno tan fervoroso como Menéndez y Pelayo, que habló detenidamente de él en un artículo sobre *Ensayos métricos*, y en los que después formaron el *Horacio en España*.

agrupan las nubes, y ruedan los astros sobre sus ejes de oro: á la región de luz inaccesible donde se acaban los dolores y tiene su asiento la bienaventuranza. ¿Quién ha leído sin curiosidad y ternura la deliciosa balada *La luna y el lirio*, historia de dos amantes, de los que el uno baja á la tierra, desde el lugar de su expiación, para apartar al otro del vicio, mientras acompañan su plática los esplendores de una noche serena, el murmullo de las auras y el perfume del simbólico lirio, que, obediente, hace brotar la tierra de su seno? ¿Y dónde hallar creaciones tan poéticas como la de todas esas amantes misteriosas que viven lejos del mundo, y cuyas voces siente el poeta, con la candorosa ingenuidad de un niño?

Cetro de lirios y azucenas trae,
Bajo sus pies la inmensidad florece;
Vierten aromas del Edén sus labios,
Gloria sus ojos;

así nos describe en *Paz y misterio* á la visión que otras veces se le ofrece de *perverso encantador cautiva*. Cada imagen, cada expresión exhalan una fragancia suavísima, mostrando así Laverde que no hay género radicalmente malo, puesto que supo dar interés á uno tan convencional y ocasionado á abusos.

Como poeta festivo, valió poco el distinguido catedrático; como versificador, le pertenece la introducción de algunos caprichos métricos que no me parecen laudables ni felices.

Mucho se ha discutido, y casi siempre con la animosidad y las preocupaciones de secta, sobre las poesías del que tirios y troyanos, impelidos por la fuerza de la verdad, juzgan portento de erudición, peritísimo apologista de nuestras cosas y crítico sin segundo, don Marcelino Menéndez y Pelayo. Contra los que niegan en redondo su personalidad poética le han defendido briosamente, no ya sus amigos en ideas políticas y religiosas, sino hombres que tanto de ellas se apartan y tanto

nombre gozan en los partidos liberales como Valera y Leopoldo Alas. Que Menéndez adora en algún clasicismo, todos lo afirman y él lo confiesa. ¿Pero es su clasicismo el contrahecho y retórico de los dos últimos siglos, como alguien da á entender? No; porque, conocedor el insigne erudito del caos que media entre las falsas imitaciones y la immaculada belleza de los modelos antiguos, busca directamente en éstos la anhelada perfección, sobre todo en Horacio, el gran maestro y legislador del arte. De ahí su entusiasmo por Fr. Luis de León, por Andrés Chenier y por Cabanyes, como enamorados de esa misma belleza y enemigos de toda servidumbre; de ahí que ponga al primero sobre todos nuestros líricos, que traduzca los idilios del segundo y que celebre al tercero en una de sus odas.

Esto á cuanto á las aspiraciones de Menéndez y Pelayo; porque, en la realidad, yo creo que tienen mucho de modernas, y poco de áticas ó latinas, sus canciones amatorias á Aglaya, Lidia y Epicaris, donde, sin querer, cae de golpe en la manía anticlásica del arte docente; su epístola á Horacio, atiborrada de teorías filosóficas é históricas, y hasta la que dirigió á sus amigos de Santander, á lo menos en las diatribas contra la raza germánica, peligro constante, según él, de la cultura latina. Ya advirtió Valera que no hay cosa tan contraria á la plácida y epicúrea tranquilidad del cisne de Venusa como la fervorosa candidez y los juveniles ardores del imitador.

La galerna del Sábado Santo sí que es un dechado de sobriedad é inspiración, de arte sereno y majestuoso, donde se siente á hablar á Horacio, pero á un Horacio cristiano; donde en magnífica perspectiva se suceden las tempestades del Océano, los horrores del naufragio, y la bendición del sacerdote que alcanzó á ver á las desgraciadas víctimas; donde hay, en fin, versos de tanta dulzura como los siguientes:

Puso Dios en mis cántabras montañas,

Auras de libertad, tocas de nieve,
Y la vena del hierro en sus entrañas,
Tejió del roble de la adusta sierra,
Y no de frágil mirto, su corona.

.....

En un tan fervoroso adorador de la forma como Menéndez y Pelayo sorprenden los descuidos de versificación, que, sin embargo, le son frecuentes, con algunas excepciones como la apuntada. Al traducir á Teócrito, Prudencio, A. Chenier y Hugo Fóscolo pierde el sello de la inspiración propia, sin sorprender del todo la de los originales.

Pero si el impaciente espíritu juvenil le ha impedido labrar sus rimas con la escrupulosidad necesaria, nadie que lea el epílogo de los *Heterodoxos españoles*, y otras cien filigranas líricas en prosa de la misma excelsa progenie, negará á Menéndez y Pelayo el vigor de idea y pensamiento, y la vívida frescura de imaginación, que bastan á acreditar un alma de verdadero poeta.

En los años anteriores á su reciente fallecimiento rindió culto á la tradición clásica en versos de laboriosa factura D. Fernando de la Vera é Isla¹, un tráfuga del romanticismo, tan enamorado de Zorrilla en sus mocedades, como, después, de Fr. Luis de León y Andrés Bello. Entonó en su primera época una elegía sobre la tumba de Enrique Gil, de quien fué amigo y editor; cantó las ruinas de Mérida, el abrazo de Vergara y la muerte de Espronceda; pero una nueva corriente le inspiró sus traducciones de los Salmos, los rasgos *A vuela pluma*, y sobre todo los sonetos.

Son los mejores los en que predomina la nota psicológica (*La aspiración y la impotencia*, *La puesta del sol*,

¹ *Versos de D. Fernando de la Vera é Isla, precedidos de una Introducción en verso por D. José Zorrilla. Segunda edición. Madrid, 1883. La primera se publicó en 1852.*

Recuerdo, Los dos luceros, Contraste de estaciones, Triste despertar, El tiempo, La vuelta á la fe cristiana), y rayarian en lo perfecto si el embarazo de la expresión no empañara el fulgor de las ideas. Léase el siguiente, pasando de prisa por algunos finales:

LOS DOS LUCEROS

De su lecho de nácar pura y bella
Se asoma al cielo la indecisa aurora,
Y del alba el lucero la enamora
Con dulce brillo al despedirse de ella.
Pronto á esa tinta suave la atropella
El sol con llama altiva y quemadora;
Mas también, cuando se hunde y descolora,
Va tras él consolándole una estrella.
¡Dichoso aquel que, cuando ya del monte
Huye aprisa la luz y apenas arde,
Para que el ceño de la sombra afronte,
Con mirada ni turbia ni cobarde
Vuelve á hallar sobre el pálido horizonte
Brillos en el lucero de la tarde.

Venga á coronar á esta prolija serie, donde han ido sucediéndose los más conspicuos adoradores del clasicismo, uno que rivaliza con cualquiera de ellos en gusto y discreción, y á cuyo variado y robusto numen sirven de moderadora guía el asiduo manejo de los clásicos y la más severa educación literaria. Aunque nacido en las montañas de Santander, pasó en América D. Casimiro del Collado la mejor y más fecunda parte de su vida, y allí cedieron las viciosas lozanías de una imaginación extraviada por los caprichos propios y por el ejemplo de Zorrilla, al difícil arte de la sobriedad y la corrección, arte en que llegó á igualar á Andrés Bello, descollando en primera línea entre sus imitadores¹.

¹ *Poesías de D. Casimiro del Collado, de la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española. Madrid, 1880.*

Dejemos aparte los himnos románticos, á pesar de su entonación varonil, para admirar esa joya del verdadero clasicismo que se llama *Liendo ó el valle paterno*. Liendo, nombre del lugar donde transcurrieron los días bonancibles de la infancia del poeta, aparece á sus ojos, después de prolongada ausencia, con el halago melancólico de los recuerdos. La antigua casa solariega, el rebaño juguetón,

La selva que en gracioso laberinto
Las laderas del término vestía,

cuanto fué delicia de sus mocedades; ó ha desaparecido, ó está desierto y solitario, sin una voz amiga que responda á la suya. Al impulso de encontradas emociones dice así:

Valle donde benigna suerte quiso
Cercaran mi niñez dicha y ternura,
Cuando gocé tu paz de paraíso
No supe valorar tanta ventura.
Después maestra dura
Enseñóme la ausencia entre zozobras
A comprender, á desear tu calma;
Y vuelvo, como ves, de los extraños
Con heridas de penas en el alma,
Con la escarcha, en el rostro, de los años.

Todo encarecimiento resulta inferior á lo que dice la lectura de tan dulce poesía, en la que el sentimiento y la corrección se aunan sin embarazarse para nada, y la sencillez verdaderamente homérica de la narración excusa el tumultuoso conjunto de las imágenes y el vacío de las frases huecas; poesía grandiosa que dignifica y ennoblece hasta lo más insignificante y, al parecer, prosaico; poesía que es toda naturalidad y llaneza, porque no necesita de abigarradas vestiduras y oropeles fascinadores. Este tono tan hondamente elegíaco desciende en línea recta de Rodrigo Caro y de Tomás Gray; pero ni la sublime canción á las ruinas de Itálica, donde se aspira el polvo de los mármoles.

derruidos, y se ve y se palpa el *despedazado anfiteatro*, ni *El cementerio de aldea* con su elevada filosofía, tienen el carácter subjetivo y personal, que tanto vigor presta á la elegía verdadera, como lo tiene *El valle paterno*.

No menos bella es la *Oda á México*; y aun en las lirás de *La Primavera*, afeadas por ripios como *el invierno que se pregona en el volcán* y *el sol que contrista al cielo en esquivez*, hay primores descriptivos y de lenguaje.

Realzan la exquisita sensibilidad del Sr. Collado un gusto escrupuloso y un gran conocimiento de los autores latinos y de la lengua castellana, que poquísimos, entre nuestros poetas del siglo XIX, han manejado con tanta perfección. De ahí esa variedad siempre fecunda de su frase, y esas audacias tan difíciles en nuestros verbosos y analíticos idiomas, y para las que, no sólo no es obstáculo la rima, sino ayuda y último complemento. ¿Cómo no aplaudir á quien así ha sentido é idealizado la virgen naturaleza americana, en vez de halagar pasiones políticas de bastarda procedencia, ó de encender y fomentar el fuego consumidor de las discordias civiles?

Ingenios de esta talla son bastantes para honrar al clasicismo, demostrando además que no es de suyo y esencialmente exclusivista. La antigua escuela atada por las cadenas de la Retórica, jamás resultaría fecunda; pero con las amplias y libérrimas bases sobre que se puede llevar á cabo su reconstitución, será un elemento de variedad y de belleza, un contrapeso á la demagogia literaria, un despertador constante que, en vez de galvanizar las tradiciones yertas y caducas, descubra á la fantasía nuevos y dilatados horizontes; porque el clasicismo no consiste en los sueños mitológicos y la anacrónica fraseología, argumento gastado de muchos que lo combaten sin conocerlo, ó que confunden las doctrinas con el abuso de sus defensores.



CAPÍTULO VIII

EL TEATRO DESPUÉS DEL ROMANTICISMO

Tamayo 1.

HABLAR de Tamayo es hablar de un muerto. Largos años hace que abandonó la escena el inspirado autor de *Virginia*, *Locura de amor*, *La rica-hembra*, *La bola de nieve*, y tantas otras producciones que fueron delicia y admiración del público en aquel período brillante que siguió al romanticismo, y que se extiende desde la época de la dominación de los moderados hasta la revolución de Septiembre. » Esto

¹ D. Manuel Tamayo y Baus nació en Madrid el año 1829. La circunstancia de pertenecer á una familia de actores y autores dramáticos, fomentó en él una vocación decidida y perseverante para el teatro. Cuando aún no contaba diez años de edad hizo un arreglo del francés muy aplaudido, y hubo de salir á las tablas en brazos de su madre, la eminente actriz Doña Joaquina Baus. Desempeñó más adelante un empleo en Administración sin abandonar sus aficiones literarias. En 12 de Junio de 1859 ingresó como individuo de número en la Academia Española, que le nombró su Secretario perpetuo. Fué algún tiempo jefe de la Biblioteca del Instituto de San Isidro, y hoy es Director de la Nacional por acertadísimo nombramiento del Ministro D. Alejandro Pidal y Mon. Alejado de la política hasta la revolución de Septiembre, figuró más tarde en el partido tradicionalista. Si actualmente no alardea de ningún ideal político, todos conocen lo acendrado y práctico de su fe religiosa.